

Pensar en/ta Postdictadura

Nelly Richard y Alberto Moreiras
(Editores)

Santiago : Cuarto propio, 2001

INTRODUCCIÓN

Nelly Richard

I. La operación de nombrar revela siempre más de lo que dice el nombre de la cosa a que se refiere. Nombrar es ejercer un control de la significación y, también, fijar la conveniencia terminológica de las palabras de acuerdo a ciertos pactos de legitimación sociocomunicativa. Los usos hegemónicos de la palabra “transición” designan, básicamente, el artefacto político-institucional que racionalizó el tránsito entre dos tiempos –un antes y un después un pasado y un presente¹– de acuerdo al verosímil de ajustes y reconversiones que gu linealmente el paso del autoritarismo a la democracia de los acuerdos. La palabra “transición” da cuenta de este controlado proceso de regularización del cambio político y social que ordenó el camino de la redemocratización, según una recta optimista de avances y progresos que debió hacernos transitar, gradualmente, del *menos* al *más*: más libertad, más justicia, más bienestar y también, sobre todo, más consumo. Los saberes tecnificados de la política de la economía y de buena parte de la sociología chilena respondieron con eficacia a la instrumentalización del mercado y del consenso que perfeccionó el dispositivo transicional, confeccionando lógicas ejecutivas que hablaran el mismo idioma (funcionar y numerario) que forjó la pragmática del acuerdo entre redemocratización y neoliberalismo. La palabra “transición” va ligada a la marca oficial de este sociologismo administrativo que la delineó mediante lenguajes expeditos, más bien renuentes a la demo que introducen, en el trámite objetivo de describir y explicar un objeto práctico, los pliegues y dobleces inquisitivos del pensar crítico.

Pero si bien la palabra “transición” acusa el peso normativizador de su formalismo político-institucional, la palabra “postdictadura” es también sospechosa de propiciar variaciones equívocas. Primero, confía demasiado en que el tajante corte semántico de su “post” que pretende anunciar el fin de un tiempo de desgracias va a liquidar, así no más, las múltiples adyacencias traumáticas que todavía golpean los resentidos contornos de nuestro “después”

¹ Un primer desacuerdo manifiesto con la criteriología que gobierna el objeto “transición” pasa por invertir el “antes” y el “después” con que su ordenación de los tiempos disimuló la ruptura epocal: “el término transición nombra para “nosotros”, no la transferencia de la administración gubernamental de la dictadura a la democracia, según determinan las ciencias sociales, ni los cambios en lo político a partir de 1988-9; sino a las transformaciones de la economía, de la política, de la lengua, del sentir y de la historia, que la dictadura operó, desde una economía y política estatal, que tiene como sujeto al Estado –monumento del sujeto moderno –sujeto ideológico, conflictivo, contradictorio, confrontacional, antagónico– a una economía post-estatal, donde el Estado ya no es sujeto sino objeto de economía”.

Willy Thayer, *Borrador sobre la transición*, texto presentado en el seminario del Diplomado Crítica Cultural (Universidad Arcis), Agosto 1998.

de". Y, segundo, pareciera dicha palabra querer sincronizar la localidad experiencial de nuestro "después de la dictadura" con el éxito mundializado de los demás "post" (post-revolución, postideología, posthistoria, etc.) que arman el triunfante repertorio de despidos y cancelaciones de este fin de siglo, llevando a un pretérito sin vuelta todo lo anteriormente marcado por los acentos de discordia de lo trágico, lo utópico y lo contestatario². Pese a todo, la palabra "postdictadura" (la parte resentida de ella que no logra disolver lo cortante de su prefijo) retiene el eco de una nominalidad sombría que nos recuerda la opacidad conflictiva, el atormentado residuo que el dispositivo simbólico (y también lexical) de la "transición" quiso borrar para que no echara a perder la lisura y transparencia de los nuevos signos de la democracia neoliberal.

De alguna manera, las sospechas levantadas en torno a los recortes denominativos de estos dos vocablos —postdictadura, transición— convencionalmente llamados a acotar la referencialidad de nuestro presente hecho de consenso, de conflictos de la memoria y de mercado, demuestran "una cierta *atención lexical* ausente en otras elaboraciones (ya social-científicas, ya periodístico-testimoniales) del legado de las dictaduras"³; una atención que fue definiendo un primer nudo reflexivo y crítico del seminario "Postdictadura y transición democrática: identidades sociales, prácticas culturales y lenguajes estéticos"⁴ que enmarca este libro.

² Me imagino que va en esas direcciones la afirmación de F. Galende según la cual "postdictadura" es una palabra abyecta: "Una anejió fraudulenta del terror como "estado de anterioridad del mundo" al capital como "agente sin domicilio". He allí el triunfo de la ofensiva neoliberal: revelar el terror como accidente en el pasaje hacia la liberación de su propia lógica de acumulación". Federico Galende en "Postdictadura, esa palabra" (pp. 143-145).

A las razones que evoco aquí para desconfiar de la palabra "postdictadura", deberíamos también sumar su excesiva disponibilidad a proporcionar un material referencial (de alto consumo académico-metropolitano) que conforma "un suculento archivo, perfectamente catalogable en lo que, para inquietas conciencias académicas, se reunirían bajo el rótulo de "estudios de post-dictadura" los textos que devienen "pequeños mojonos que circulan y se intercambian en el archivo post-dictatorial, en la sostenida utilidad pragmática de leerlos como monumentos referenciales de una cierta "problemática", indiferenciando así el "unzo" de cada una de sus escrituras: Sergio Villalobos-Ruminot en "Fin de la dictadura y destrabajo del pensar: repetición y catástrofe" (pp. 73-74).

³ Idelber Avelar en "La práctica de la tortura y la historia de la verdad" (pp. 175).

⁴ El Diplomado en Crítica Cultural nació para darle forma académica de seminario al Programa "Postdictadura y transición democrática en Chile; identidades sociales, prácticas culturales y lenguajes estéticos" apoyado por la Fundación Rockefeller (1997-2000) y coordinado por la Escuela de Filosofía de la Universidad Arcis, la Corporación La Morada y la *Revista de Crítica Cultural*.

Aprovecho la oportunidad, como directora, para reiterar mis agradecimientos a quienes me ayudaron en su coordinación (a Raquel Olea, Carlos Pérez V. y Willy Thayer) durante los tres años en los que nos reunimos en la Universidad Arcis para una aventura crítica de mucho rigor intelectual que, según me parece, sigue ocupando un espacio completamente inédito en el medio académico chileno.

El programa de la Fundación Rockefeller nos permitió no sólo habilitar localmente tan desafiante espacio de reflexión académica sino, también, invitar a participar en él a destacadas figuras críticas e intelectuales de América Latina (Beatriz Sarlo, Josefina Ludmer, Nestor García Canclini, Jesús Martín-Barbero), de Estados Unidos (Alberto Morciras, Idelber Avelar, Julio Ortega, Mabel Moraña) y de Inglaterra (Ernesto Laclau).

Los autores de los textos publicados en este libro tuvieron todos ellos la oportunidad de compartir

Nuestro trabajo de seminario se propuso, de partida, romper cualquier homologación banal entre, por un lado, la temporalidad irresuelta (fisurada, abismada) de la memoria en suspenso todavía contenida en el trastocador remanente que arrastra la postdictadura y el diseño organizacional de una transición que conjugó demasiado festivamente la mercantilización de los signos y la consensualización de las voces por moderar la composición de fuerzas de un presente que obligó a adecuarse, calculabilísticamente, a "la medida de lo posible".

Los formulismos políticos de la reconciliación y los tecnicismos económicos de la integración al desarrollo-país que celebró la Transición agenciaron sus vocabulario expertos para limar las asperezas y rugosidades de códigos que podían enturbiar la definiciones pragmáticas de lo social. Si la palabra "governabilidad" es la que "resume de modo tan sucinto el rol de las ciencias sociales en la legitimación de la transición epocal"⁵ tal como fue maniobrada, en Chile, bajo la regla disciplinante del consenso del mercado que le sirvieron de envoltura al proceso de recuperación democrática; si "la gobernabilidad es un problema que, por definición, sólo puede ocupar a los vencedores"⁶, no es difícil entender por qué una de las principales tareas críticas que no asignamos en el seminario fue la de rastrear las huellas de aquella simbolicidad convulsa de la memoria que descartaron de sus agendas profesionales los saberes directivos de las disciplinas políticamente legitimadas de la transición. Fuera de las racionalidades exitosas que planificaron la modernización y el consenso, en las orillas más deshilvanadas de la discursividad transicional, siguen errando pedazos de la memoria que hablan del derrumbe histórico en un lenguaje (benjaminianamente hablando: el "de los vencidos") que sabe, trágicamente, que nada pudo quedar indemne de aquella remecida de sentido que mutiló cuerpos, biografías y representaciones. Las trazas semiocultas de este derrumbe reúnen vidas y categorías en desarme que vagan fuera de los esquemas triunfantes del dispositivo transicional y que se expresan a través de narrativa rotas cuya voz testimoniante acusa el desfase de una palabra herida: una palabra desconciliada, marcada por descabros y exabruptos, que se siente completamente extraña al molde retórico de los recuentos oficiales que numeran y enumeran los éxitos de Chile bien administrado.

Por el lado de las "identidades sociales" nombradas en el título del seminario nuestro, se trataba de averiguar la extensión y magnitud de las fuerzas de recodificación de las subjetividades individuales y colectivas que desataron, en un cotidiano tecnológico guiado por los medios, las gramáticas neoliberales del consumo y sus brillos publicitarios pero, también, de pensar en los sorprendentes desarreglos de la materia social que ciertos flujos en revuelta son capaces de producir en el interior de una lógica política

varios períodos de secciones del Diplomado en Crítica Cultural, sea como becarios e invitados extranjeros sea como participantes locales.

⁵ Idelber Avelar, "Pensamiento postdictatorial y caída en la inmanencia" en *Dialectos en transición*, compiladores: Mauro Salazar / Miguel Valderrama, Santiago, Lom/Arcis, 2000. P. 219.

⁶ Idem.

administrativa que parecía enteramente sellada por una cadena de previsibilidad —tal como ocurrió con los desbordes de la noticia internacional de la detención y captura de Pinochet en Inglaterra en Noviembre 1998—. Por el lado de las “prácticas culturales” y de los “lenguajes estéticos”, se trataba de revisar ciertas constelaciones de lenguajes simbólicos —la escritura literaria, la visualidad artística, etc. — que deslizan el trabajo del recordar por los huecos de la representación, por las fallas del discurso social y sus lapsus; que entrecortan la sintaxis ordenadora de las recapitulaciones históricas con las desgarraduras y quebraduras de formas e imágenes sumergidas en un fuera-de-plano que condensa las significaciones más oscurecidas del recuerdo⁸.

II. Dentro del conjunto de modalidades expresivas que guían la puesta-en-relato de las zonas más residuales de la memoria social, se destaca el testimonio que milita a favor de lo no-consignado: de lo que el curso de la historia desecha como índice residual, carente de la generalidad suficiente para ser portador de una verdad incontrovertible. El testimonio reinscribe las huellas intransferibles de las vivencias en primera persona de la víctima en la suma de datos y archivos con que la memoria institucional clasifica los abusos del pasado, para que la singularidad experiencial del *yo* logre conmovir el orden de razones y hechos certificado por la estadística objetivante del Informe. Cuando la materia del recuerdo consiste en partículas de experiencia corporal y biográfica que fueron desintegradas por un sistema de aniquilamiento físico y mental, como en el caso de la experiencia límite de la tortura y de la desaparición, otorgarles sentido a los restos de estas experiencias catastróficas es una tarea que bordea el abismo de lo irrepresentable. La figura del testimonio obliga a una reflexión sobre los dilemas de la representación, sobre los conflictos de tener que narrar lo inenarrable: de remodelar la subjetividad en el lenguaje, habiéndose topado con límites extremos de desestructuración de la identidad; de urdir procedimientos y escenas para entrelazar persuasivamente experiencia, historia y verdad, de acuerdo a una determinada secuencia argumental (así lo requiere la fuerza colectiva del reclamo, de la denuncia y de la acusación), aún sabiendo que los encadenamientos de sentido entre dichas categorías

⁷ El texto de Jon Beasley-Murray (“La constitución de la sociedad: Pinochet, Postdictadura y la multitud”) analiza el caso Pinochet desde el punto de vista de las redefiniciones políticas y jurídicas de lo social que puso en escena, mientras el texto de Carlos Pérez V. (“La edición de la memoria: *La batalla de Chile*, *La memoria obstinada* y *El caso Pinochet*”) reflexiona sobre la rearticulación significativa del nudo historia/memoria provocada por ese “*contratiempo*”. Brett Lewison explora los cruces entre memoria y mercado, verdad y justicia, que marcan los límites de aceptación, pero también de reinención del “Chile actual” atravesado por la figura de Pinochet.

⁸ Sergio Rojas, en “La visualidad de lo fatal: historia e imagen”, reflexiona sobre cómo *materia y sentido*, en la problemática de lo visual, desbordan la representación de lo histórico con la “resistencia de un acontecimiento” que desafía la narración lineal del pasado. Los textos de Ana Longoni, Willy Thayer y Andrea Giunta, recrean el marco de análisis que hace falta para compender cómo la secuencia de las artes visuales chilenas respondió a los quiebres de historicidad a través de distintas estrategias críticas de representación y des-representación.

fueron pulverizados por una destructiva máquina del horror que vuelve la escena de relato casi irreconstituible⁹.

¿Cómo recordar el pasado, sus quiebres y destrozos: qué trabajo realizar con el recuerdo para que no desaparezca el *temblor de expresión* que rodea la experiencia sobresaltada del golpe y su trauma pero para que, al mismo tiempo, el *hacer memoria* vaya entretrejiendo ese pasado de duelos con nuevas fuerzas de sentido animadas por lecturas críticas generadoras de futuro?

La memoria va realizando su trabajo constructivo (de selección y montaje; de madura del recuerdo en planos y secuencias móviles de intelección) desplazando las huellas de la experiencia hacia nuevas *superficies de inscripción* para que reformule su valor desde los emplazamientos del presente: abiertas a las urgencias y desafíos de un aquí-ahora cuya composición de enunciados redistribuye los significantes del pasado según nuevos trayectos de actualización y desciframiento. Sólo este trabajo activo de reconfiguración del sentido es capaz de introducir una distancia entre el punto fijo (muerto) de lo *ya sido* y una memoria-sujeto (en proceso y movimiento), que transforma cualitativamente las huellas de lo acontecido al reinscribirlas en la materialidad *vi* de nuevas dinámicas de representación y expresión. Esta performatividad de la memoria que mueve el recuerdo del pasado en respuesta a nuevas sollicitaciones discursivas hace que el pasado deje de ser mera *revelación de lo sucedido* y pase a ser *entendimiento crítico*. Sin esta relacionalidad de contextos móviles y heterogéneos que intersectan con los flujos cambiantes del presente, no hay cómo pasar de la *repetición de lo mismo* a una *diferencia alteradora*: no hay cómo “hacer duelo de duelo para pasarlo a una nueva operacionalización del pensamiento”, es decir, para que “la herida todavía abierta en los órdenes experienciales de lo socio-político pero ya en trance de separación”¹⁰ cambie de lugar y forma, de modo y tiempo, gracias a la imaginación crítica de ciertas apuestas de futuro que se atrevan a formular nuevas hipótesis (alternativas virtualidades) que contrasten con lo *sido*. Si bien es cierto que la solidaridad ética con parte sumergida de la experiencia de las víctimas pasa por testimoniar de los destrozos de la historia y la representación mediante lenguajes suficientemente fieles —en sus texturas sensibles, en sus urdimbres conceptuales— a la dramaticidad del pasado, las marcas de estos lenguajes deben trenzarse con narrativas *en curso* para que nuevas constelaciones fluctuantes logren reconjugar la memoria no sólo temporalmente sino también *espacialmente*, otorgándole así mutabilidad crítica a un recuerdo del pasado

⁹ Sobre estos dilemas de la memoria entre experiencia y representación; sobre estos conflictos de narrabilidad que rodean la experiencia límite del cuerpo desposeído de sí mismo y de la palabra reflexionan —en distintos registros conceptuales y marcos teóricos— los textos de Carlos Casanov Idelber Avelar y Raquel Olea.

¹⁰ Alberto Moreiras, “La exterioridad de la no liberación: subalternismo y práctica teórica”, texto presentado en el Diplomado en Crítica Cultural, Junio 1999. A. Moreiras retoma, en ese texto, una decisiva e influyente elaboración teórica de la problemática del duelo que, en el medio chileno, circuló por primera vez a través de su texto: “Postdictadura y reforma del pensamiento” (*Revista de Crítica Cultural* N° 7, noviembre 1993).

que invitan a proyectarse en nuevos montajes de vida, en nuevas poéticas y políticas de la experiencia y de la subjetividad.

Una de las zonas densas y tensas de la reflexión del seminario (centrada en torno a las figuras del trauma, del duelo y de la melancolía) fue la que se articuló en ese límite de compromiso que media entre, por un lado, el imperativo ético de proteger los restos de la desgracia que fracturó marcos de existencia y categorías de pensamiento: de no traicionar la negatividad del sentido que revela el daño de la pérdida evitando que el recuerdo busque consuelo en cómodas restituciones o sustituciones y, por otro lado, la necesidad vital de reanimar el deseo crítico para salvar el recuerdo de su caída melancólica en la contemplación solitaria de los restos¹¹. Sólo la fuerza deseante de la crítica llevaría la problemática de la memoria a *intervenir* el presente: a desmontar y reinventar el orden de las representaciones de época que pretenden alinear voces y subjetividades en dócil correspondencia con las modulaciones seriales de la actualidad neoliberal; a generar preguntas fisurantes en los discursos convenidos de la memoria social que logren resquebrajar el verosímil dominante del pacto transicional; a producir descalces en los ensamblajes de planos del hoy que no dejen intactas ni sus composiciones de sentido ni sus disposiciones de lectura, para que lo *afectado* logre también *afectar*.

Pero hacer que las escenas del recuerdo entren en relación polémica con los modos en los que se escribe, se describe y se reescribe el discurso de la memoria y del olvido en el contexto de la transición, provocando en su interior fricciones de enuncia-

¹¹ El texto de Ana del Sarto "Fuga melancólica" y, también, mi texto "Las marcas del destroz y su reconjugación en plural", ponen de manifiesto esta tensión que, en uno de los registros del seminario, opuso a dos tendencias sin embargo cómplices en varios de sus otros tramos: por un lado, la radicalización melancólica de la negatividad de la pérdida defendida por un pensamiento filosófico que se resiste a toda "política del sentido" por considerar que su voluntad de subordinación y control argumentales traiciona *la experiencia del desastre y el desastre de la experiencia* y, por otro lado, el deseo proyectivo de intervención político-cultural que manifiesta la crítica: una crítica a la que, sin faltar a la exigencia de autorreflexividad, no le basta pensarse a sí misma; una crítica que desea cruzar su trabajo de problematización de la memoria con las escenas objetuales y referenciales de las discursividades-en-contexto que conforman el presente.

Hay varias marcas, en los textos de este libro, que manifiestan el temor de sus autores frente a los peligros de "renuncia a la realidad" (de repliegue escéptico del intelectual que deja de participar en los escenarios de disputa de lo social, lo político, lo ideológico) a los que conducirían los excesos de una cierta melancolización del pensamiento, tal como fue cultivada por las voces más filosofantes del seminario: H. Herlinghaus declara problemática "una tendencia de la crítica cultural hacia la especulación bajo consignas de la intransigencia y la negatividad de la pérdida"; J. Beasley-Murray quiere proponer "un argumento que, en contraste con la melancolía de la postdictadura", sea capaz de "abrir nuevos terrenos de lucha" y de crítica postideológica; A. Del Sarto considera como un "antiproyecto" a aquel "juego intelectual que retrabaja su síntoma, para de esa manera, retroalimentarse en el estado melancólico... y autoexcluirse de lo político".

En *Caja de herramientas* (Santiago, Lom, 2000), Julio Ortega —en un comentario también inspirado por la escena del seminario— pone en alerta contra un tipo de ensayo que, "aún constreñido por la reflexión sobre el lugar de la reflexión (y sobre el papel del sujeto pensante en ese lugar, círculo que puede ser monológico)", no despliega la capacidad suficiente de "abrir espacios fluidos... de complejidad exploratoria" contra "un tiempo de resignación y melancolía" que requiere de "una discursividad apelativa, inflexiva" (pp. 49-45).

dos, obliga *lengua crítica* y *actualidad* a compartir una zona de promiscuos bordes. No es tan fácil disputarles a la transición y al mercado el peso y la gravedad de las palabras que deben nombrar el recuerdo en una lengua que se sabe desconciada y, a la vez, inconciliable con los festejos publicitarios de todos los días, porque tanto los nudos de la memoria como los pliegues de la crítica, si es que se arriesgan a poner su disenso *circular*, están cotidianamente expuestos al vértigo consumista con que el ritmo del mercado intercambia sus signos. En tiempos de pluralismo neoliberal, se vuelve más complicada que nunca esta tensión entre la *lengua de la crítica* (que disiente —en contenido y en la forma— de lo que consiente el resto de los lenguajes que conforman la masa idiomática y referencial de la actualidad) y las *redes públicas del debate cultural* como zona donde debería situarse la "crítica de oposición"¹² para argumentar polémicamente en torno al valor y los significados de la cultura, sin dejar de redoblar vigilancia en torno a cómo la medianía de sentido de los medios amenaza con estandarizarlo todo. La insistente pregunta de cómo garantizar ciertas condiciones de no-reperabilidad oficial del decir crítico que salven la fuerza de desacomodo con que palabra "otra" trata de burlar las consignas dominantes de hipertraducibilidad de los mensajes al lugar común de la actualidad, dibujó dos de los motivos que inflexionaron más obsesivamente la discusión del seminario: el "mercado" (la ley capitalista de reducción y traducción cambiarias que se aplica en homogeneizar todos los signos bajo mismo principio de equivalencia neutral) y la "escritura" (la singularidad intensiva una diferencia —de ensamblamiento y lenguaje— que busca hacer vibrar su línea de fuga, medio de la dureza y sequedad de las gramáticas operacionales).

¿Cómo salvar una "distancia" que separe a la voz crítica de una actualidad hecha de pura inmediatez: cómo hacerlo para que la crítica al estado de cosas dominante termine hablando con la misma lengua que modela el objeto a criticar, cayendo así en una inevitable complicidad de signos con sus burdos tráficos comunicativos? Problemático éste, de la crítica enfrentada a la actualidad, cuando "la crítica de lo actual... no origina en un afuera trascendido de la actualidad. Pero tampoco es un simple adentro desde donde "meramente escribir crónicas o reportajes de actualidad que se agotan en la coyuntura de los hechos y posicionamientos al día", es decir, cuando "hablar de actual presupone, como condición *sine qua non* un mínimo de autonomía, una paranoia desde donde leer intempestivamente la actualidad de lo actual, sin estar cabalmente leído por ella"¹³.

Tratándose de la lengua del discurso crítico, "distancia" y "autonomía" podrán tener que ver con la "reserva" de la escritura: pausa y suspensión; intraducibilidad de palabra singular al régimen de circulación homogénea y neutral del mercado. Pa-

¹² Empleo ese término en el sentido que le da Paul Bové en el libro *En la estela de la teoría*, Valencia: Càtedra, 1996.

¹³ Willy Thayer, "Como se llega a ser lo que se es" en *Revista de Crítica Cultural* N° 15, Noviembre 1995, p. 62. Este problema de la "lengua crítica" enfrentada a la actualidad, ha sido también rigurosamente abordada por el mismo autor en: "Una épica deconstructiva", *Revista de Crítica Cultural* N° 9, noviembre 1994.

varios de nosotros en el seminario, la palabra "escritura" designó el modo que tiene la palabra crítica de querer contrastar –en tono e intensidad– con el paisaje serializado de lo informativo-publicitario y de lo tecno-instrumental. Decir "escritura" era aludir a cómo se trenzan la lengua, la subjetividad y el pensamiento en ciertos nudos de complejidad y resistencia que llevan el texto crítico a detenerse en sus propias condiciones enunciativas; a dibujar lenguajes que, en lugar de darse vuelta completamente hacia la exterioridad práctica de su objeto referencial, conviertan en problema el *cómo* dicen lo que dicen. Sería la *densidad figural* de este *cómo* la que articula las políticas del texto crítico¹⁴. Debemos saber, sin embargo, que el registro de la escritura en el que se construye verbalmente la *poética* de este *cómo* entra a menudo en conflicto con la *política* del acto crítico: una política que le exige al texto diseñar sus estrategias argumentativas e interlocutorias en función de los contextos sociales e históricos en los que le toca disputar sentidos. La práctica crítica vive así dividida entre, por un lado, la intransitiva singularidad del acto de escritura (y el derecho de la escritura a eludir las presiones de la actualidad, a frustrar sus demandas, con múltiples rodeos y diferimientos) y, por otro lado, las urgencias a las que debe responder el gesto crítico-intelectual cuando dicho gesto se piensa bajo el registro de la "intervención" ya que no puede, entonces, darse el lujo de desentenderse de su contexto ni dejar de tomar partido, localizado y contingentemente, en los frentes de batalla de la cultura¹⁵. Problemas, éstos, de las paradojas e incertidumbres de la crítica, que también ocuparon numerosas sesiones del seminario.

III. La pregunta por los lenguajes de la crítica, sus modalidades teóricas y sus políticas del texto, tiene como fondo el reticulado académico de los saberes y de las disciplinas. Interrogar el sistema de reproducción académica del discurso universitario (revisar el orden de las "instituciones lingüísticas dadas, la jerga disciplinar, el hábito enunciativo de su especialidad, la investidura protocolar de su habla"¹⁶) permite develar la sumisa compostura de ciertos hábitos enseñantes y, también, la carencia de pasiones intelectuales que deriva de un oficio crítico sólo hecho de métodos, técnicas y procedimientos. Es necesario subrayar esta falta de vigor innovativo en el discurso académico tradicional que sigue mayoritariamente cautivo de una moral académica del

¹⁴ La hipótesis de lectura a partir de la cual S. Villalobos-Ruminot revisa aquí una cierta producción crítica de la postdictadura tiene que ver con ese motivo de la escritura al que el autor llama "des-trabajo del pensar".

¹⁵ Beatriz Sarlo analiza lúcidamente este punto en "Intelectuales, un examen", *Revista de Ciencias Sociales* N° 5 (Bogotá, Enero 2000), insistiendo en la dimensión de conflicto irresuelto que arma el lugar permanentemente tensionado del intelectual como "desajuste entre un discurso, orientado principalmente hacia fines de intervención y que pertenece entonces al registro de la *comunicación*, y la escritura (cuya lógica no es comunicativa, aunque sea *communicable*)". Agrega Sarlo: "Estas dos lógicas, en el límite, se oponen. Corresponde a cada situación de discurso las estrategias por las que enfrenta esa oposición" (p.10)

¹⁶ Carlos Pérez V., "Tono y dignidad" en *Revista de Crítica Cultural* N° 18, junio 1999, p. 25.

control disciplinario, pero es también indispensable someter a revisión crítica la proyección hegemónica de un cierto modelo de estudios culturales que, bajo la fórmula de transdisciplinariedad, propicia hoy la mezcla desinhibida de fragmentos de conocimientos cuyos ensamblajes parciales no implican necesariamente una crítica teórica política de las disciplinas.

El actual debate académico sobre los estudios culturales presenta variados ámbitos que señalan la diversidad de las posturas comprometidas en revisar su proyecto desde localidades y posiciones diferenciadas y denotan, también, la heterogeneidad de su campo de trabajo que reúne prácticas disímiles tanto en Estados Unidos como América Latina¹⁷. Son múltiples las caras del debate que rodea, extensamente, el título de los estudios culturales¹⁸. Una de las caras de este debate afirma que los estudios culturales sí contienen un momento de fuerza irruptora y transformadora que permite entre otros efectos, descentrar el canon de valoración académica para que ingresen a su exclusivo y excluyente sistema de reconocimiento ciertos materiales (cultura popular, movimientos sociales, crítica feminista, historias subalternas, narrativas postcoloniales y latinoamericanas, minorías étnicas o sexuales, etc.) que habían sido rebajados a fuera-de-corpus por las jerarquías del saber "autorizado" que pretende siempre hablar en nombre de la razón pura y del conocimiento verdadero. Y es cierto que esta apertura de fronteras de los estudios culturales –concebidos no "como una disciplina académica sino como un proceso crítico que trabaja entre los espacios de las disciplinas académicas, y sobre las relaciones entre la academia y otros lugares políticos"¹⁹–, ha provocado movimientos de entrada y salida que infringen el marco sedentario del academicismo con la dimensión política de un conocimiento-en-situación (tal como ocurre privativamente con el feminismo²⁰) cuyas conexiones de energías tácticas ligan aparato:

¹⁷ Es importante subrayar esta heterogeneidad y disimilitud de las prácticas que se inscriben en el campo de los estudios culturales, en contra de la imagen reduccionista que –bajo el pretexto de crítica a la ortodoxia institucional de su versión dominante– los visualiza como un bloque unificado o bien polarmente dividido en torno a un simplificado eje Norte/Sur, sin tomar en cuenta las brechas de divergencia y contradicción que trazan, en su interior, la posibilidad de intersecciones múltiples entre quienes hablan "sobre" y "desde" América Latina.

¹⁸ Para una reflexión local sobre los estudios culturales, ver el capítulo "Antidisciplina, transdisciplinarios y disciplinamientos del saber" en *Residuos y metáforas*. En este mismo libro, ver: "El retrato pareciera lenguas y disciplinas" de Carlos Ossa.

Ver también la "Tesis nueve" de Grinor Rojo, *Diez tesis sobre la crítica*, Santiago, Lom, 2001. Richard Johnson ("Reinventing cultural studies" en *From Sociology to Cultural Studies*, Eliza Long, compiladora, Malden y Oxford, Blackwell, 1997) citado en: Carlos Reynoso, *Apogeo y declinación de los estudios culturales*, Barcelona, Gedisa, 2000. Pg. 48.

²⁰ A propósito de feminismo, no podría dejar de señalar lo que considero ser una de las articulaciones fallidas del trabajo del seminario. En la presentación formal de nuestro proyecto, se habló de "estimular cruces de reflexión transdisciplinar entre la filosofía contemporánea, la teoría feminista y la crítica cultural", tal como podía esperarse de un proyecto coordinado por "un centro de investigación y enseñanza académica" (la Escuela de Filosofía de la Universidad Arcis), un espacio cultural y social de gestión feminista (La Morada) y una tribuna editorial (la *Revista de Crítica Cultural*). A diferencia de lo que ocurre frecuentemente con la regionalización académica de los "estudios de género" que suelen circunscribir su producción de conocimientos a los objetos "mujer" o "diferencia generico-sexual" según un corte más bien separatista, nuestro programa quería optar a la trans-

discurso y máquinas de acción. Esta dimensión emancipadora de los estudios culturales que subvierte las sedimentaciones oficiales de las disciplinas canonizadas (aquellas disciplinas que ejercen un poder de censura sobre los montajes teórico-políticos de ciertas articulaciones de cultura y poder que transgreden las codificaciones bibliográficas de los sagrados aparatos de saber de la universidad tradicional) nos lleva, efectivamente, a creer en que “la defensa –*aunque nunca incondicional*– de los estudios culturales debe todavía hacerse contra formas arcaicas o desfasadas de trabajo intelectual”²¹, siempre cuando esta defensa vaya contribuyendo a un fortalecimiento de “la práctica teórica” que “puede garantizar el mantenimiento de la fuerza irruptora del pensamiento, contra su fuerza de conservación allí donde la conservación debe juzgarse instancia reactiva,... despliegue mecánico de un programa de desarrollo calculativo que sólo podrá cosificar o recodificar valores, pero nunca establecerlos”²².

La otra cara del debate que gira en torno a los estudios culturales para cuestionar su proyecto les reprocha contentarse con ser, precisamente, un simple “programa calculativo”: un programa que se pone al servicio de los estudios sobre globalización y neoliberalismo, sin que nada haga *crisis* (ni en sus formas ni en sus operaciones) entre la realidad diagnosticada y el saber diagnóstico. En este sentido, los estudios culturales sintomatizarían un estado más general de la actual situación universitaria que retrata la adecuación feliz entre las nuevas consignas de techno-instrumentalización del conocimiento y “el modelo productivista de composición orgánica del capital” que busca “optimizar las actuaciones del saber, su eficacia”²³, usando la *hibridex* –segmentariedad de las disciplinas, interseccionalidad de los métodos– como nuevo lugar común de una performatividad de lo combinatorio muy acorde con la regla neocapitalista de acumulación flexible de lo diverso y lo múltiple²⁴.

salidad: a que se cruzara el punto de vista teórico del feminismo con diversos escenarios del pensamiento contemporáneo. Pero esto no ocurrió. La teoría feminista fue casi sistemáticamente omitida a lo largo y ancho del seminario sin que dicha omisión –un punto ciego del seminario– alcanzara siquiera a ser considerada como un *problema* por la amplia mayoría de sus participantes.

Vale la pena señalar esta falla porque es un ejemplo más de cómo determinados espacios de discusión, sofisticadamente tramados por las filosofías de la deconstrucción y sus emblemas postmodernos de lo no-Uno (diferencia, alteridad, diseminación, etc.) pueden, en el mejor de los casos, formular una reivindicación retórico-metafórica de lo femenino pero sin que esto les impida mostrarse completamente indiferentes a los alcances políticos del trabajo teórico del feminismo. En palabras de T. de Lauretis: “al desplazar el tema del género sobre una ahistórica figura de la femineidad puramente textual, la mayoría de los filósofos de la deconstrucción niegan la historia de la opresión y la resistencia política de las mujeres reales tanto como la *contribución epistemológica del feminismo para la redefinición de la subjetividad*” (Teresa de Lauretis, “La tecnología del género” en *Revista Mora* N. 2, Buenos Aires, Noviembre 1996, P. 11).

²¹ Alberto Moreiras, “Irrupción y conservación en las guerras culturales” en *Revista de Crítica Cultural* N. 17, Noviembre 1998, p. 67-69. (El énfasis es mío).

²² *Ibid.*

²³ Jean Francois Lyotard, *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1986, p. 112.

²⁴ Willy Thayer, autor de una importante reflexión sobre las transformaciones de la universidad en tiempos de mercado (*La crisis no moderna de la universidad moderna: epílogo al conflicto de las facultades*, Santiago, Cuarto Propio, 1996) ha cuestionado “la obscenidad de todos los caminos abier-

Las reglas de “inmanentización, compartimentalización y tecnificación del saber”²⁵ que gobiernan el actual paisaje de serialización universitaria son las que premian un saber funcionalista de la cultura (las políticas culturales; el mercado de las industrias culturales y sus gramáticas del consumo) que, para adaptarse bien a los requisitos operacionales de la neoliberalización del conocimiento, debe privilegiar el registro expeditivo de la cultura como dato. Es justamente para explorar lo marginado por ese registro (las operaciones de riesgo con que ciertas poéticas y estéticas buscan diagramar rupturas figurativas, saltos conceptuales y mutaciones subjetivas), que algunos preferimos hablar de “crítica cultural”.

A lo largo del seminario, insistimos una y otra vez en el carácter no-programático del término “crítica cultural” cuya inscripción local –siguiendo el trayecto de la Revista del mismo nombre²⁶– ha respondido a efectos más bien situacionales, de demarcación y oposición táctica a ciertos saberes clasificados y normalizados que ocupan un sitio de privilegio en el mapa de legitimación intelectual y de valoración social de las disciplinas universitarias. Investigar la composición de este mapa que les otorga desiguales coeficientes de poder a los discursos de saber es también responsabilidad de la crítica, si entendemos por crítica cultural –tal como lo sugirió Carlos Pérez V.²⁷– la operación de textos que, “situados en cierto margen de la retícula de los saberes canónicos y de la institución del saber, ponen al descubierto las relaciones ..entre la institución cultural y la sociedad de la que forma parte, entre la producción de saber y las luchas políticas de los discursos”. Textos, entonces, los de la crítica cultural, que, por un lado, suponen una reflexión metacrítica sobre las relaciones de poder/saber que se urden entre *formaciones disciplinarias y hegemonías de conocimiento* y que, por otro lado, “ensayan una mirada sobre las zonas... no tematizadas (salvo como una nota al margen o como ilustración) por las doxas especializadas”²⁸ para intentar dotar de intelegibilidad crítica

tos” que caracterizan la “ilimitación” de los dispositivos con que trabajan los estudios culturales: Willy Thayer, “Tercer espacio e ilimitación capitalista” en *Revista de Crítica Cultural* N° 18, junio 1999. También Federico Galende, en “Un desmemoriado espíritu de época: tribulaciones y dichas en torno a los estudios culturales” (*Revista de Crítica Cultural* N° 13, noviembre 1996), crítica dos de sus temas: “la confianza en el devenir del saber transdisciplinar y la relación de éste con la actualidad”, que convertirían a los estudios culturales en “la metáfora oficial de un inerte realismo de época”, pp. 53-54.

²⁵ J. Abelar, *Alegorías de la derrota*, p. 120.

²⁶ En los años de fundación del proyecto de la *Revista de Crítica Cultural* (1990), dicho término intentaba designar, exploratoriamente, un conjunto de escrituras teóricas y críticas, surgidas durante los 80 en Chile, que cruzaban –en desorden– la crítica literaria, la filosofía, la teoría del arte, la sociología de la cultura, el análisis ideológico y la crítica institucional. Llamábamos “crítica cultural” a esta mezcla de referentes teóricos informales que desbordaba, heterodoxamente, las vigiladas fronteras del saber académico de los años de la dictadura: Ronald Kay, Adriana Valdés, Nelly Richard, Patricio Marchant, Diamela Eltit, Eugenia Brito, Pablo Oyarzún, Rodrigo Cánovas y otros, fueron parte de esta aventura de reconceptualización del discurso teórico y crítico desde los márgenes de la universidad. Luego seguimos llamando bajo ese nombre, en el espacio de la Revista y sus alrededores, a un tipo de análisis teórico-cultural que recorre las brechas entre disciplinas para activar tránsitos entre la reflexión universitaria y los circuitos ampliados de un debate crítico sobre arte, cultura y política.

²⁷ Carlos Pérez V., “Introducción a la crítica cultural”, abril 1997, Diplomado en Crítica Cultural.

²⁸ *Ibid.*

a ciertas coyunturas político-discursivas cuyos contornos son demasiado precarios o inseguros, demasiado riesgosos, para adecuarse a los requisitos de sistematicidad que plantean las catalogaciones de objetos de estudio del repertorio académico tradicional. Textos, entonces, los de la crítica cultural que recorren las brechas e intervalos que median entre disciplina y disciplina para subvertir el purismo conservador de sus fronteras de compartimentalización intra-universitarias pero que, además, se interesan en “generar espacios cuyo potencial divergente reside en una determinada posicionalidad frente a los órdenes discursivos relativamente compactos –de las tradicionales facultades universitarias, los medios masivos, la política oficial”, siguiendo el impulso desterritorializador de fuerzas que “huyen de la abstracción”²⁹.

Varios de los autores que comparten este libro han expresado en más de una oportunidad sus reservas frente al rótulo de los “estudios culturales” y, también, de la “crítica cultural”. En verdad, creo que lo que algunos llamamos “crítica cultural” podría también llamarse: *crítica teórica* o *pensamiento crítico* o *crítica intelectual*, si de lo que se trata es de analizar retóricas institucionales, imaginarios simbólicos, discursividades sociales e ideologías culturales, para desmontar la economía política de los signos del ordenamiento neocapitalista, y también, para desviar la recta ejecutiva de sus burocracias y tecnocracias del sentido hacia las zonas de sublevamiento de la memoria, del deseo y de la imaginación. Más allá de cómo prefiere cada autor identificar su trabajo en el mapa de las localizaciones o translocalizaciones disciplinarias, me parece que los textos aquí reunidos poseen en común el hecho de pensar la filosofía, la estética, la política y la teoría como zonas de no-reconciliación con el paradigma neoliberal: con los *modos de hacer* y también con las *formas de decir* del triunfalismo mercantil y sus cadenas de equivalencia neutral que ponen todo a circular a la misma velocidad para que la rapidez del intercambio disuelva la conflictividad de los signos, la tirantez del límite de oposición y resistencia con que ciertas prácticas construyen sus antagonismos.

Agrupados bajo el título “Pensar en/la postdictadura”, los textos de este libro se preguntan por los límites y las condiciones del pensar crítico en tiempos mayoritariamente hostiles a un ejercicio intelectual que se quiere autorreflexivo y denunciante a la vez. Decir “pensar” no es lo mismo que decir “saber” o “conocer”: no se trata de ejercer un control disciplinario (o transdisciplinario) sobre un objeto de estudio llamado a cumplir con la transparencia explicativa de lo demostrable y lo verificable, sino de reivindicar los nudos de complejidad de una palabra que no se conforma con la normalizadora reposición del sentido que persiguen los arreglos funcionales de la razón política, académica, e institucional. De esta no-conformidad depende que una cierta *indisposición crítica* siga molestando el orden de las competencias de discursos que se reparten el presente como simple evidencia.

²⁹ Quizás sea este impulso desterritorializador que recorre la práctica de la crítica cultural, con sus “movimientos libidinales que huyen de la abstracción” (así los describe H. Herlinghaus en “Sobre la “insubordinación” de la memoria y sus narraciones críticas”, p. 70), lo que explica la difícil relación –que pudimos apreciar en el seminario– entre la “crítica de oposición” como una crítica “en acto y en situación” (Bové) y el saber especulativo de la filosofía.